



YO,
LIVIA

PHYLLIS T. SMITH



YO LIVIA

Phyllis T. Smith

Traducción de Cristina Martín

Créditos

Título original: *I am Livia*

Traducción: Cristina Martín

Edición en formato digital: noviembre 2016

© Phyllis T. Smith, 2013

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427

08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Publicado por acuerdo con Amazon Publishing,
www.apub.com

ISBN: 978-84-9069-568-5

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

YO LIVIA

Este libro es una obra de ficción histórica. Aparte de los personajes, sucesos y lugares, todos famosos, que figuran en el argumento, las incidencias son producto de la imaginación de la autora o se emplean de manera ficticia. Cualquier parecido con sucesos o lugares actuales o con personas aún vivas es pura coincidencia.

En recuerdo de mi madre

Una mujer preeminente entre las mujeres, y que en todas las cosas se parecía a los dioses más que a los humanos, cuyo poder nadie sintió salvo para aliviar contrariedades [...].

VELEYO PATÉRCULO

DRAMATIS PERSONAE

Personajes principales

- Livia Drusila.
- Marco Livio Druso Claudiano, su padre.
- Alfidia, su madre.
- Secunda, su hermana.
- Marco Bruto, líder de los asesinos de Julio César.
- Marco Cicerón, veterano hombre de estado, aliado de los asesinos.
- César Octaviano, hijo adoptivo póstumo de Julio César.
- Tiberio Claudio Nerón, prominente héroe militar que se casa con Livia.
- Los pequeños Tiberio y Druso, hijos de Livia.
- Julia, hija de César Octaviano.
- Rubria, ama de cría que vive en la casa de Livia Drusila.
- Marco Antonio, mano derecha de Julio César.
- Octavia, hermana de César Octaviano.
- Cleopatra, reina de Egipto.
- Sexto Pompeyo, gobernador de Sicilia.
- Marco Agripa, amigo de César e importante general.
- Cecilia, esposa de Agripa.
- Cayo Mecenas, amigo y consejero de César Octaviano, benefactor de artistas.

1

A veces me pregunto de qué forma seré recordada. ¿Como madre de mi nación, que es lo que me llaman los hombres a la cara, o como un monstruo? Sé que ninguno de quienes hacen correr rumores se atreve a hablar en voz alta. Algunos están convencidos de que soy una asesina múltiple. Sienten envidia de mí y odian que tenga poder. En Roma, el hecho de que una mujer ejerza el poder, por más discretamente que lo haga, provoca repugnancia.

Todas las muertes acaecidas en mi círculo familiar me han sido achacadas. La gente afirma que soy ducha en el uso de venenos. Sí, he cometido alguna que otra transgresión, pero no la que ellos creen. Cuando me encojo de verdad es cuando recuerdo mi juventud. ¿Me encojo al acordarme de mi amado? No. Pero pagué un precio por amarlo.

La vejez puede ser engañosa. Me duelen las rodillas cuando camino, pero si me pongo cómoda y me quedo quieta no me siento tan distinta de la jovencita que fui. Me digo que soy la misma; después me miro las manos, que reposan sobre los pliegues color azafrán de mi estola, y veo venas azuladas bajo una piel que resulta casi traslúcida. No puedo evadir la realidad física. Y aun así estoy convencida de que, esencialmente, continúo siendo la persona que era cuando tenía quince o veinte años.

Hoy me llaman la honorable Julia Augusta, pero dentro de mí todavía vive la joven Livia Drusila. Ciertamente, las

decisiones que esa joven tomó hace mucho tiempo dieron forma a la persona que es ahora.

Se aproxima el momento en que deberé hacerme a un lado para dejar sitio a otros comensales en el banquete de la vida. Es necesario que me prepare para explicarme ante los dioses. Por encima de todo, debo estar preparada para dar cuenta de la joven que fui.

Mi amado escribió un relato de sus hechos para que los leyeran los demás. Por supuesto, ocultó las verdades desagradables. Sin embargo, escribiré la historia de mi juventud con una clave que solo yo conozco. Seré sincera. Mentir a los dioses no sirve de nada.

Reuniré coraje para recordar aquellos días en que era Livia Drusila. No sé si seré capaz de hacerlo sin titubear.

Del asesinato que sacudió el suelo que pisábamos, el asesinato que toda Roma recuerda, yo estaba al corriente días antes de que se cometiera.

Vi que tres hombres se introducían en el estudio de mi padre, y después no oí nada, ni una brizna de conversación. Si no conversaban, ¿qué podían estar haciendo?

No me empujó el deseo de fisgonear propio de los niños, puesto que ya había rebasado los catorce años, sino una ardiente curiosidad. Quería saber todo lo que tuviera que ver con el mundo en que se movía mi padre, el mundo de los hombres que ostentaban el poder. Sabía que jamás podría acceder a él, pero me atraía igual que el cielo atrae a una avecilla.

El estudio de mi padre se hallaba separado del atrio tan solo por una larga cortina de lana, teñida del color de las frambuesas. Fui de puntillas hasta ella y me acerqué tanto que casi tocaba la áspera tela con la cara. Me quedé muy quieta, escuchando, y descubrí con profundo asombro que no se oía nada.

En aquel estudio me había acostumbrado a oír animadas conversaciones entre hombres. ¿Por qué estaban ahora tan callados? ¿Estarían contándose secretos? Mi hermana y yo

hablábamos en susurros, y también era frecuente que susurrasen los sirvientes. Susurrar era algo propio de muchachas y de esclavos, no de hombres como mi padre.

Seguí muy quieta, aguzando el oído para intentar captar algo. Al principio todo fue silencio. Luego se oyó una voz, grave pero audible:

—No solo él.

—¿Cuántas muertes te satisfarían, Tiberio Nerón? —preguntó otra voz.

—Tantas como sean necesarias para procurar nuestra seguridad —contestó la voz de antes—. Te aseguro que no estoy sediento de sangre, pero en esto arriesgamos nuestra vida. No debemos comportarnos como unos necios.

—¿Proscritos, de nuevo?

Proscritos. Antes de que yo naciera, en la época del dictador Sula, aparecieron los nombres de varios hombres clavados en una pared: eran los que se oponían a él, o personas que tenían parientes o amigos que se oponían a él, y también personas que habían amasado fortunas suficientes para suscitar envidias, o que habían hecho algo más para despertar la suspicacia o la hostilidad de Sula y de su círculo. Una vez que sus nombres aparecieron en la pared, se les dio caza como si fueran animales salvajes.

Mi padre había elevado el tono de voz; estaba tan lleno de determinación y tan dominado por un sentimiento de repulsa que se olvidó de hablar en voz baja.

—Me niego. Y Bruto también se negará. Ya es bastante triste que tengamos que dar muerte a un hombre sin juzgarlo antes.

Las voces volvieron a atenuarse.

Sentí que me recorría un escalofrío. Porque ya casi me había enterado de todo. Sabía que iba a cometerse un asesinato, y quién iba a morir, y que mi padre formaba parte de la conjura.

Mi padre no tenía hijos varones, yo era la mayor de sus dos hijas y él siempre había compartido sus pensamientos conmigo, mucho más de lo que cabía esperar de un hombre con una hija. Me hablaba de guerras y reinos lejanos, y

yo veía los confines del imperio a través de sus ojos. O me hablaba de la opinión que le merecía tal o cual figura pública. Con frecuencia expresaba su descontento. Él había nacido en el seno de una familia noble, acaudalada y poderosa, fue hijo adoptivo de otra, y siempre había esperado desempeñar algún cargo público. En el pasado había ocupado importantes puestos en el ejército y en el gobierno, pero cuando llegó Julio César no pudo tener ningún cargo, por lo menos ninguno que estuviera acorde con sus principios.

Cuando yo era pequeña, me hablaba de temas de política solo para relajarse, en mi opinión. En ocasiones, cuando yo le hacía una pregunta, respondía con una sonrisa de sorpresa, como si lo asombrase que yo hubiera absorbido todo lo que me había contado. Conforme me fui haciendo mayor, ya esperaba mis preguntas.

Hablaba a menudo de la libertad y de cuál era la forma justa de gobernar. Según él, César no era solo un dictador —ese era un cargo honorable, circunscrito por la ley—, sino también un tirano. Cinco años atrás había provocado una guerra civil y se había hecho con el poder. Había acabado con la supremacía del Senado y había hecho lo que le vino en gana. En su arrogancia, incluso había cambiado el nombre a un mes del año —el más hermoso del verano— y le había puesto el suyo: Julio. Más tarde, sus seguidores, a instancias de él, empezaron a exigir que se ciñese la corona y se declarara rey. Yo sabía que mi padre tenía el convencimiento de que aquel hombre había destruido, por sí solo, la República. Sin embargo, no me había contado que sus amigos y él tenían la intención de actuar.

Me veo a mí misma con la vista fija en la cortina, esforzándome por oír algo más; una joven delgada y pelirroja, con unos ojos demasiado grandes para su rostro, un rostro que ahora había perdido todo el color. Lo que me horrorizaba no era el hecho de que César fuera a morir; me habían enseñado a verlo como un enemigo de Roma y nunca lo había conocido personalmente, solo lo había visto de lejos, desfilando triunfal a caballo por la Vía Sacra, luciendo

una leve sonrisa irónica y escuchando los vítores de la multitud. Pero comprendí el peligro que corría mi padre. César no iba a perdonar un atentado contra su vida.

Tal vez hice algún ruidito sin darme cuenta, o toqué la tela y esta se movió, el caso es que uno de los hombres que estaban en el estudio se percató de mi presencia y apartó la cortina. El corazón me dio un vuelco. Los amigos de mi padre se quedaron mirándome con expresión de horror. Mi padre estaba sorprendido y avergonzado, pero se apresuró a decir:

—No os preocupéis por la niña, no se lo contará a nadie.

—¡Dioses del cielo! —exclamó Tiberio Nerón, el más joven de los reunidos—. Se lo estamos contando a demasiada gente. ¿Ahora también se ha enterado tu hija? Esto es absurdo.

Otro de los hombres, un senador de cabellos blancos y toga ribeteada de color morado, me miró a los ojos y me preguntó:

—¿Qué es lo que has oído, niña?

La gravedad con que pronunció aquellas palabras me dejó aterrorizada. No podía tragar saliva, y a duras penas conseguí susurrar:

—Me parece... que vais a matar a César.

La expresión del senador se endureció. Puso cara de querer matarme allí mismo para asegurarse mi silencio.

—Tranquilizaos, amigos míos —intervino mi padre—, esto no saldrá de aquí. ¿Verdad, Livia Drusila?

Yo estaba encogida a causa de la vergüenza y el miedo, pero cuando mi padre se dirigió a mí empleando aquel tono tan formal, llamándome por mi nombre completo, enderecé la espalda.

—No diré nada —prometí.

—Si dijera algo... —empezó Tiberio Nerón.

—Pero no lo hará —lo interrumpió mi padre—. Nos ha dado su palabra. Os aseguro que mi hija no es ni una embustera ni una necia.

Tiberio Nerón me miró como suele mirarse a los esclavos que están a la venta.

—¿Es tu...?

—Sí, es mi primogénita —contestó mi padre.

—Ah —repuso Tiberio.

Me desagradó la forma en que me miraba. Yo lo miré también, con la cabeza bien alta. Al cabo de un momento volvió el rostro.

Era un hombre alto, con una nariz puntiaguda y unos ojos acuosos. En aquel momento contaba treinta y ocho años, y yo no lo había visto nunca. Los otros dos hombres eran antiguos amigos de mi padre. Me miraron con gesto inquisitivo, supongo que intentando adivinar si yo sería lo bastante sensata para guardar silencio acerca de su secreto.

Los tres se marcharon con cara de preocupación. Una vez que se hubieron ido, mi padre me rodeó con el brazo y me dijo:

—A ver, hija mía, no está bien escuchar las conversaciones de los hombres. ¿No te lo hemos enseñado así tu madre y yo?

Al borde del llanto, volví la cabeza y apreté la cara contra su hombro. Odiaba que me reprendiera, aunque siempre lo hacía con delicadeza.

—Oh, padre...

—Chist.

—Temo por ti —dije bajando el tono de voz.

—No hay motivo —susurró—. Los únicos que van a participar son los senadores, yo no voy a hacer nada. Me limitaré a quedarme a un lado, junto con otros, preparado para asumir un cargo de autoridad oficial una vez que se haya despejado el camino. Eso no es heroico ni peligroso, ¿no te parece?

—Pero formas parte de una conjura para matar al hombre más poderoso de Roma —insistí, también en susurros—. Si fracasa, correrás un grave peligro.

Por mi mente corrían imágenes horribles: César ordenando la ejecución de mi padre o, como nuestra familia pertenecía a la nobleza, enviándole una daga y una nota que dijera: «Salva tu honor.»

—La conjura no fracasará —intentó tranquilizarme mi padre.

—Pues yo creo que estarás en peligro aun cuando no fracase. ¿Acaso no te he oído decir que el pueblo ama a César? Seguro que tiene amigos que desearán vengarlo.

—Tú solo ocúpate de no hablar de esto, y no ocurrirá nada. —Me dio un apretón en el hombro—. Tiberio Nerón...

—¿Sí, padre?

—Antes estaba con César. Pero se ha pasado a nuestro bando. Es un hombre magnífico, procede de una excelente familia. De hecho, es mi primo segundo.

Permanecí en silencio.

—Vas a casarte con él.

Siguiendo el curso normal de las cosas, mi padre debía buscarme un marido en el plazo de uno o dos años, así que era de esperar que hiciera un anuncio como este. Sin embargo, sentí que me inundaba una oleada de consternación. Dije impulsivamente lo primero que me vino al pensamiento:

—¿Piensas entregarme a él para inducirlo a que traicione a César?

—Claro que no. ¡Cómo se te ocurre semejante cosa! —exclamó, evitando mi mirada.

Yo sabía que lo que acababa de conjeturar era acertado, por lo menos hasta cierto punto. Yo, es decir mi dote, formaba parte del incentivo, y también del privilegio de aliarse con mi padre. Pero decir descaradamente que este se proponía desposarme con un hombre a modo de soborno para que abandonase su lealtad no estaba bien. Había sido una grosería y una estupidez por mi parte hablar de un asunto como aquel de manera tan directa.

En aquellos días era frecuente que yo dijera las verdades sin antes pensarlas. Mi madre se esforzaba en vano para que dejara tan fea costumbre, empleando una vara de abedul. Mi padre era mucho más benévolo; a veces mis palabras lo hacían reír y me sugería que recapacitara un poco más antes de pronunciarlas. Incluso parecía encantado de